

LEONARDO CASTELLANI, CHESTERTON ARGENTINO

por Juan Luis Gallardo

*Invitado por la titular de la cátedra de Literatura Sudamericana, el 3 de marzo tuve la satisfacción de hablar sobre el padre Castellani en la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla. Siguen las palabras pronunciadas en esa oportunidad, después de las cuales respondí varias preguntas.*

Jamás pensé que algún día estaría en la Universidad de Sevilla, hablando de Leonardo Castellani. Me felicito porque haya llegado ese día y agradezco a los organizadores de esta charla haberme dado la oportunidad de hacerlo.

Debo además agradecer a Juan Manuel de Prada haber revelado a los españoles la existencia del Padre Castellani pues, de no haber ocurrido eso, supongo que el tema que voy a tratar hubiera carecido totalmente de interés para ustedes y esta sala estaría ahora vacía.

Pero se suma aún otra circunstancia para otorgar un sabor muy especial a mi presencia aquí. Porque sucede que estamos en el mes de marzo del año 2011. Y sucede asimismo que Leonardo Castellani murió en marzo de 1981, hace exactamente treinta años. Coincidencia cronológica que permite conferirle a este encuentro el carácter de homenaje a la memoria de uno de los escritores argentinos más importantes del siglo XX.

Pero vayamos por partes.

Acabo de afirmar que Castellani es uno de los mayores escritores argentinos del siglo XX. Y no se me escapa que la afirmación resulta temeraria, desde el momento que han sido varios los literatos de mi tierra cuya fama podría tornar discutible esta opinión.

Sin embargo, consciente del riesgo que supone afirmarlo, tengo para mí que los tres escritores argentinos más importantes del siglo pasado fueron Jorge Luis Borges, Leonardo Castellani y Leopoldo Marechal. Nacidos, casualmente, a caballo entre el XIX y el XX. Borges en agosto de 1899, Castellani en noviembre de ese mismo año y Marechal en junio de 1900.

Cuando se estaba por pasar del siglo XX al XXI se suscitó una controversia respecto a la fecha en que, efectivamente, tendría lugar tal pasaje. Controversia que no entendí del todo pues, ignorante de mí, suponía que eso ocurriría en la medianoche del 31 de diciembre de 1999. Craso error. Pues, según parece, sucedió a fin del año siguiente.

De cualquier manera, no es mi intención reeditar la controversia apuntada. Ya que al decir que Borges, Castellani y Marechal, nacieron a caballo entre los siglos XIX y XX, hablo en términos amplios para expresar que llegaron al mundo más o menos durante dicha transición.

Y agrego finalmente que, al considerarlos como escritores del siglo XX, lo hago en atención a que produjeron toda su obra durante dicha centuria.

Pues bien, cuando elijo a los escritores argentinos citados sé muy bien que estoy dejando de lado a otros de la talla de Mujica Láinez o Cortázar pero, dado el margen de subjetividad que revisten los juicios de valor y las preferencias personales, mantengo mi opinión al respecto.

Aunque no haga al caso y con el sólo objeto de darles alguna otra pista sobre mis inclinaciones literarias, les diré que, en lo que se refiere al siglo XIX, creo que nuestros tres mejores escritores fueron José Hernández, autor del *Martín Fierro*; Domingo Faustino Sarmiento, autor de *Recuerdos de Provincia*; y Leopoldo Lugones, autor de *Poemas Solariegos* y *Romances del Río Seco*.

Concluida esta breve digresión, volvamos a lo nuestro. Y, ya con referencia a Castellani, me parece oportuno hacer una comparación entre él, Borges y Marechal.

Desde un punto de vista estilístico, Borges supera a Castellani. Pero Castellani supera a Borges en variedad y profundidad de saberes, especialmente desde el punto de vista teológico y filosófico, donde Borges improvisaba. Marechal es, entre los tres, el poeta por antonomasia, poseyendo sus obras, incluso aquellas escritas en prosa, una musicalidad poética insuperable. Castellani, que escribió bastante poesía, no tenía buen oído. Pero su estilo literario, aparentemente desprolijo comparado con el de Borges, resulta sin duda original y le fue sumamente útil como herramienta adecuada para sostener sus opiniones, casi siempre polémicas.

La referencia a Chesterton, contenida en el título de esta charla, se la he robado a Juan Manuel de Prada y obedece al propósito de vincular mi exposición con sus trabajos, ya que fue él quien ofició de introductor de Castellani en España, permitiéndome así referirme hoy a un personaje ya conocido por ustedes.

¿Cuánto tienen en común Chesterton y Castellani? Por lo pronto, empleando el título de una obra cumbre de aquél, diría que tienen en común la *ortodoxia* en materia religiosa. En materia religiosa católica, se entiende. Comparten además su amor a la paradoja, que Chesterton cultivara con maestría y que Castellani utilizara

con eficacia. Agregaría a ello el enorme coraje intelectual de ambos, que los llevó a difundir sus ideas a despecho de las corrientes de pensamiento en boga por entonces.

No terminan aquí las semejanzas. Agregaremos otras: tanto uno como otro no fueron teóricos ni teorizadores. Formularon propuestas posibles, buscando con empeño el modo de llevarlas a la práctica. Además, fueron despiadadamente honestos en el planteo de sus convicciones. En tal sentido alguna vez señalé sobre Castellani que, invariablemente, en sus escritos recogió y analizó todas las objeciones que se pudieran oponer a lo que sostenía, asumiendo incluso el riesgo de que el lúcido planteo de esas objeciones, por su parte, pudiera ser más convincente que sus propuestas.

Debo consignar por último una virtud excelsa que ha caído en desuso y que ambos poseyeron en grado eminente: el patriotismo. Un excelente poeta argentino, Miguel Ángel Etcheverrigaray, dedicó una poesía a Chesterton que se llama *Parábola de un Cruzado*. Y alude al patriotismo del escritor diciendo:

*Y, como era un niño bueno, amó a María y a la Iglesia,  
pese a la amnesia protestante que es, sin duda letal amnesia.*

*Esta es la historia de un cruzado que se cruzó a Jerusalén  
porque los hombres de su tierra morían mal y vivían bien.*

*Por este amor vivió sonriendo (Old Merry England de su amor).*

*Por este amor murió sonriendo, por ese amor ¡por ese Amor!*

En cuanto al patriotismo de Castellani, ruego se me excuse por citarme, pero la cita viene a cuento. En un folleto sobre él escribí hace unos años:

*...Leonardo Castellani fue un patriota a carta cabal. Fue un gran patriota pese a advertir las lacras que exhibe esta patria a la que amó. Porque, efectivamente, amó a la Argentina concreta, advirtiéndole no obstante la gravedad de los males que la aquejan. Días atrás, tuve que presentar la segunda edición de esa novela desgarradora de Castellani que es "Su Majestad Dulcinea". Y en sus páginas está representado con dramática elocuencia plástica el patriotismo del autor. Porque en ella tuvo la genialidad de simbolizar la patria argentina mediante una mujer bellísima de lejos y repugnante de cerca, merecedora de ser amada hasta el sacrificio, fuerte y frágil a la vez, pero fiel al cumplimiento de su sino más allá de las tragedias de las que es protagonista... No se engañó respecto a la Argentina, cosa que se percibe en el acierto con que pintó a sus personajes, buenos y malos. A sus personajes y a su pueblo, al cual quería como Chesterton quería al pueblo inglés, por encima de circunstanciales evidencias adversas.*

Sin perjuicio de todas las analogías señaladas, naturalmente existen notorias diferencias entre Chesterton y Castellani. De las cuales señalaré una sola, porque creo que tiene importancia. Y consiste en que, mientras el inglés se movió cómodamente en su país, contando siempre con medios donde expresarse y siendo no sólo bien considerado sino apreciado por sus adversarios, el argentino fue (en términos británicos) un *outsider*, un sujeto *políticamente incorrecto*. No digo yo que las ideas de Chesterton hayan sido aceptadas por el *establishment*, pero sí que se las tomó en cuenta, siendo él admitido como un digno integrante de la corporación intelectual. Cosa que no ocurrió con Castellani.

Buena parte de esta situación derivó del hecho de estar ubicado el cura dentro del *nacionalismo* argentino. Término éste que, al ser pronunciado en España, obliga a formular de inmediato varias aclaraciones ineludibles.

Porque hablar aquí de nacionalismo lleva a pensar en el separatismo vasco o catalán que así se denominan. En la Argentina, por el contrario, el pensamiento nacionalista implica exactamente lo contrario que en España. Supone poner por sobre todo y en primer lugar el concepto de *Nación*, a fin de neutralizar cualquier intento de división o secesión. Se aproxima así al pensamiento de José Antonio cuando, respecto a España, proponía que fuera *Una*, además de *Grande y Libre*.

La relación de Castellani con el nacionalismo argentino fue sin duda curiosa. Pues no admitía ser nacionalista, pese a ser tildado de tal por sus adversarios y pese a ser nacionalistas la gran mayoría de sus amigos. Nunca se identificó como nacionalista. Aunque apreciaba al nacionalismo. Hasta el punto de haber aceptado ocupar el primer lugar en la lista de candidatos a diputado por la Alianza Libertadora Nacionalista, en las elecciones de febrero de 1946 que consagraron presidente de la República a Juan Domingo Perón.

Allá por los años 60 mis amigos y yo tuvimos un periódico que se llamó *De Este Tiempo*, donde habitualmente escribía Castellani. Y, para publicitar al periódico, habíamos hecho imprimir un cartelito que se colgaba en los kioscos y que decía: *El Nacionalismo debe hacer verdad... Difundir esa verdad terrena y relativa que es la verdad política, que por el momento es la más urgente de todas. Leonardo Castellani.*

Dada su condición de *políticamente incorrecto* Castellani jamás disfrutó de fama ni halagos literarios. No fue designado en ninguna Academia, casi no recibió distinciones ni su obra mereció comentarios elogiosos en los suplementos culturales de los grandes diarios. Solamente, ya viejo, la Secretaría de Cultura de la Nación le otorgó el premio “Consagración” como para reparar tanto olvido.

Y su caso constituye una clara demostración de que no siempre el calor oficial y el relumbrón periodístico son suficientes para cimentar el prestigio de un escritor. Pues Castellani, careciendo de ese tipo de sustentos, llegó a ser un autor leído por una legión de seguidores, que agotaban las ediciones de sus libros una tras otra.

\*\*\*

A esta altura de la exposición, ha llegado el momento de presentar a ustedes una breve biografía de nuestro autor, que no cabe omitir en casos como éste.

Nació un 16 de noviembre de 1899, en la ciudad de Reconquista, al norte de nuestra provincia de Santa Fe. En pleno Chaco Santafecino, zona de frontera, de gente áspera, que inspirara varias de las obras de Castellani: “Camperas”, deliciosas fábulas; “Historias del Norte Bravo”, relatos y sucesos; “Las Muertes del Padre Metri”, cuentos policiales que tienen por protagonista a un cura que recuerda mucho al Padre Brown de Chesterton.

El antiguo nombre de Reconquista era San Jerónimo del Rey y, en homenaje a sus pagos, Castellani empleó reiteradamente el seudónimo *Jerónimo del Rey*, uno de los muchos a que echó mano, supongo que para soslayar la censura impuesta por los jesuitas a los miembros de su orden.

Su padre, Héctor Luis Castellani, era italiano del Friuli, llegado al país a los cinco años de edad. Periodista sin pelos en la pluma dirigía un diarito llamado *El Independiente*. Cuya independencia molestó a la situación política local, en especial a un comisario que lo hizo asesinar a balazos. El cual morirá luego de igual forma.

Su madre, argentina, fue Catalina Contepomi. Con frecuencia utilizaría Leonardo su apellido materno, firmando Castellani Contepomi. A lo cual solía

agregar las iniciales E.U. como hacen los ingleses para abreviar los títulos que añaden a sus firmas. Durante algún tiempo me intrigó el significado de esas iniciales, hasta que averigüé que correspondían a la siguiente autodefinición: *Ermitaño Urbano*.

Hizo sus primeros estudios en un colegio de Hermanas, desde donde transbordó a la escuela particular que, también en Reconquista, tenía un señor José Parodi, masón de tomo y lomo que enseñaba gramática a sus alumnos dictando capítulos de Samuel Smiles. Su mujer, en cambio, impartía clases de religión.

A los trece años pasa al colegio jesuita de la Inmaculada, en Santa Fe, donde pronto es el primero de su curso. Allí cambia a Smiles por Jovellanos, Donoso Cortés, Balmes, Menéndez y Pelayo, Pereda y Santa Teresa de Jesús.

Bachiller en 1917, ingresa a la Compañía de Jesús en 1918. Estudia Filosofía en Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires, enseñando Castellano, Literatura e Historia. Inicia los cursos de Teología y, al advertir sus superiores las excepcionales aptitudes del alumno, lo envían a Roma para proseguir sus estudios en la Gregoriana. Se ordena sacerdote en julio de 1930. Y se gradúa en Filosofía y Teología.

En 1932 viaja a Francia y es alumno regular de Psicología en la Sorbona. Vuelve a la Argentina en 1935, donde dicta cátedra en Lógica, Historia, Psicología e Historia de la Filosofía. Colabora en múltiples publicaciones. Desde su regreso hasta 1946 publica 14 libros, traduciendo y comentando cinco tomos de la Suma Teológica. A este respecto ha ido dejando de lado la versión tomista de Suárez para retornar a Santo Tomás sin intermediarios.

Y ese año 1946 resultará clave en la vida del Padre Castellani. Ocurrió en efecto que ya venía siendo protagonista de varios entredichos con su orden. En los que



incidieron varias cosas. Por un lado, las severas críticas que formulara respecto a cómo se impartía la enseñanza en el Seminario Diocesano de Villa Devoto, tarea a cargo de la Compañía de Jesús. Por otro, su cada vez más activo ejercicio del periodismo, para llevar a cabo el cual eludió, como dije, la autorización previa de los artículos que publicaba por parte de sus superiores. Y la situación hace crisis al aceptar Castellani su candidatura a diputado sin permiso expreso para hacerlo. En su descargo invocarí­a la existencia de una autorización tácita y de una obligación patrió­tica. A mi entender, a lo largo de todo el caso se mezclaron susceptibilidades, malentendidos e intemperancias por ambas partes, que tuvieron un triste desenlace.

Lo cierto es que, después de múltiples alternativas que incluyeron un pedido de audiencia al Papa y su reclusión y fuga de Manresa, con los nervios deshechos Castellani es expulsado de los jesuitas mediante un decreto que él considera nulo.

Por esa época recibe una carta plagada de seducciones que le escribe el intelectual comunista Leónidas Barletta, instándole a dejar la Iglesia y sumarse a quienes aprecian su talento. Castellani resiste el halago y se mantiene fiel a su vocación.

El obispo de Salta lo acoge en su diócesis, donde celebra misa y enseña en la Escuela Normal. La altura salteña perjudica su salud, se establece un año en Reconquista, vuelve a Salta, dicta cursos y conferencias en Buenos Aires, peregrina a Lourdes en 1952 y habita un departamento que le costean sus amigos en el barrio porteño de Constitución. Por fin, habiendo intervenido en el asunto Santiago de Estrada, embajador argentino ante la Santa Sede, el Nuncio Apostólico le restituye plenamente el ejercicio del ministerio sacerdotal, que tenía restringido.

En 1967 funda, dirige y escribe casi íntegramente la revista “Jauja”, de la cual aparecen 36 números en tres años. Invitado, viaja a Méjico y Chile.

Creo que por gestiones de monseñor Antonio Quarracino, admirador de Castellani que sería arzobispo de Buenos Aires, los jesuitas proponen a éste reingresar a la orden. Pero el cura se siente viejo y estima que le costará mucho reiniciar una vida de religioso, de modo que declina la oferta.

Pronto su salud empeora, lo operan de un cáncer y sus apariciones en público se van espaciando. Celebra y predica los domingos en la iglesia del Tránsito, acudiendo incluso algún agnóstico a oír sus homilías, que graba. Y termina por transformarse así en un verdadero Ermitaño Urbano. Si uno iba a visitarlo a su departamento, era frecuente hallarlo paseándose por el *palier* y rezando el rosario. Repite que su principal ocupación es prepararse a bien morir.

Falleció en paz con Dios el 15 de marzo de 1981.

\*\*\*

Al morir, Castellani había publicado más de 40 libros, que incluyen estudios sobre el Apocalipsis, sobre el Evangelio, sobre las Parábolas de Cristo, sobre Filosofía y Psicología, sobre Educación Pública, amén de extenderse sobre Crítica Literaria y escribir poesía, novelas, cuentos, fábulas. Y, así como el Cid ganó batallas después de muerto, siguieron apareciendo obras suyas después de dejar él este mundo. Adquiridos los derechos respectivos por una fundación, a la fecha se siguen editando sus homilías dominicales bajo el título de *Domingueras Prédicas*. Y las reediciones de sus escritos se suceden.

Con dificultades para conseguir editores en su momento, prolijamente ignorado por los voceros de la cultura oficial, silenciado por los medios de comunicación ¿a qué obedece esta pertinaz vigencia de la obra de Castellani?

Tengo para mí que ello deriva, fundamentalmente, del férreo compromiso con la verdad que preside su producción. Más allá de compartir o no sus posiciones, habitualmente polémicas, nadie puede dejar de advertir en el autor una insobornable pasión por buscar y proclamar la verdad en cada uno de sus párrafos.

Otro de los motivos de tal vigencia consiste, a mi ver, en la profundidad de su pensamiento, que invariablemente se afirma en lo religioso, más allá de desplantes y travesuras. Porque Castellani, amén de ser un literato, un filósofo, un publicista es, antes que nada, un hombre religioso. Y ocurre que, aun en épocas como las nuestras, en las que lo trascendente parece amputado de las problemáticas en boga, la religión sigue siendo el gran tema para los hombres y, por ende, las obras que se le refieren mantienen plena actualidad.

Y presumo por último que la obra de Castellani lo sobrevive por su sentido del humor, por su capacidad para decir como broma cosas tremendamente serias, huyendo siempre de un mal temible: la solemnidad. A cuyo respecto escribió alguna vez: *en la Argentina, para llegar a personaje, no basta ser imbécil; además, hay que ser solemne*. Ustedes sabrán si la sentencia también es aplicable a España o no.

\*\*\*

¿Cómo era Castellani? Una persona tímida, que perdía su timidez cuando hablaba en público. Como sucede con los tímidos, tenía a veces reacciones desmedidas. Recuerdo sobre el particular que cierta mañana llegó a mi estudio de abogado con el peor de sus atuendos. El aspecto habitual de Castellani era exactamente lo contrario del de un pastor protestante. Los pastores –y ahora también los sacerdotes católicos- se visten de civil con cuello de clérigo; Castellani, en cambio, se vestía de clérigo con cuello de civil. Ya que solía llevar sotana y corbata.

Eso sí, añadiendo a ello un cinturón militar y la enorme boina de *crochet* que caracterizaba su estampa.

Pero esa mañana la facha de mi cliente era aún más estrafalaria. Como no tenía dinero para comprarse una sotana nueva, había salido a la calle con una *robe* de señora vieja que vaya uno a saber de dónde habría sacado. Y dicha *robe* tenía, sobre fondo negro, una serie de figuras vagamente chinescas, diseñadas en verde y dorado, que no pudieron menos que sobresaltarme.

Despachado el asunto que lo impulsara a verme, en forma casual y sin darle mayor importancia al suceso, nos contó, a mi socio y a mí, que un rato antes había comprado tabaco para la pipa en un kiosco próximo a su domicilio. Y que, al recibir el vuelto, se dio cuenta de que faltaba dinero. *Entonces, relató, subí al departamento, busqué el revólver, le apunté al dueño del kiosco y le exigí que me devolviera lo que me había robado.* Cosa que hizo el hombre, imagino que demudado ante esta aparición extravagante que blandía un arma.

Tímido, explosivo y justiciero, además de robusto pues era de fuerte complexión, me contaron que en alguna oportunidad le pegó un castañazo a un alumno insolente.

Les he hecho una descripción somera del aspecto de Castellani. Sólo añadiré que eran definitorias sus cejas hirsutas, ya blancas a la época en que yo lo conocí, y que tenía un ojo de vidrio que nunca pude establecer cuál era.

\*\*\*

Como cierre para esta charla, les relataré una anécdota referida al cura, de la cual no fui testigo presencial pero que me han dado como cierta y resulta

decididamente reconfortante. El otro protagonista de la misma es el padre Guillermo Furlong, un gran historiador, jesuita como Castellani, teniendo el suceso por escenario el colegio Del Salvador, de Buenos Aires, donde vivían y daban clase ambos.

Parece ser que cierto día se cruzaron Castellani y Furlong en uno de los largos pasillos del colegio. Venía cada cual sumido en sus reflexiones y, al levantar la vista, prosiguiendo con su monólogo interior preguntó Furlong:

-Decime, Castellani ¿vos creés que mucha gente se condena?

A lo que respondió el interrogado, de inmediato:

-Decime, Furlong: ¿vos creés que Dios hace las cosas tan mal?

Esto es todo, señores, muchas gracias por su atención.

## DATOS PARA LA PRESENTACIÓN DEL DISERTANTE

Juan Luis Gallardo nació en Buenos Aires, a fines de 1934. Es abogado, casado y padre de cuatro hijos. Enseñó Historia en la Universidad Católica Argentina y es profesor visitante en FASTA (Federación Asociaciones Santo Tomás de Aquino). Dirigió la editora oficial ECA (Ediciones Culturales Argentinas) y EDUCA (Ediciones de la Universidad Católica Argentina). Fue Director Ejecutivo de la Revista de la Escuela de Guerra Naval. Contó con columnas firmadas en el diario La Prensa, de Buenos Aires, La Nueva Provincia de Bahía Blanca y en la revista Confirmado. Es autor de más de treinta libros que incluyen novelas, cuentos, fábulas, poesía e Historia. Recibió la Cruz de Plata Esquiú y el premio Santa Clara de Asís. Es miembro de número de la Academia del Plata.